

A propósito de...

La parábola del Buen Samaritano, luz de la encíclica Fratelli Tutti Redes de cuidado que van tejiendo la fraternidad universal

En la parábola, el samaritano lleva al herido hasta una posada y co-implica al hospedero en el cuidado del herido. Es verdad que le paga los servicios, y que, en este sentido, el posadero no ejemplifica lo mismo que el samaritano, pero sí puede hacer caer en la cuenta de lo importante de implicar a otros en el cuidado (instituciones, personas, grupos...). En la encíclica el Papa Francisco resalta la importancia no solo de la ayuda mutua entre individuos o pequeños grupos, sino también de "pensar en una ética de las relaciones internacionales" (FT 126). Destaca la necesidad de dar respuestas "fruto de un trabajo en común" (FT 132), o que las distintas experiencias de solidaridad que crecen desde abajo, "confluyan, estén más coordinadas, se vayan encontrando" (FT 169).

Lo mismo que realizó el samaritano y que el texto califica de cuidado ("lo cuidó", 10,34) es lo que invita a hacer al posadero, ("cuida de él", 10,35).

Pero, además, lo implica contándole la historia del herido: "Me contaste su historia. No la tuya, sino la suya. Como si fuera más importante mantener viva su historia que la tuya. (En fin, ahora me digo que tal vez sean la misma su historia, tu historia... mi historia)".

En el encuentro con el posadero, el samaritano activa en él la semilla del cuidado, y se hace cargo del herido arriesgado en su cuidado, sin poner condiciones. Tampoco él se desentiende del herido, lo acoge en la posada y se hace cargo, curando sus heridas, sacándolo de las afueras y ofreciéndole hogar, en colaboración con el samaritano.

"Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia delante". Este es el sueño: "una única humanidad... caminantes de la misma carne humana... hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos" (FT 8).

(Elisa Estévez López. Universidad Pontificia Comillas)

SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.

jsanchezf.cabm@hospitalarias.es

jjgalan.cabm@hospitalarias.es

CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas Hospitalarias

COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO Menni

La Buena Noticia de la semana

10 DE JULIO 2022

XV. DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Año XIV. nº: 776



Palabra de Dios:

Deuteronomio 30,10-14.

El mandamiento está muy cerca de ti; cúmplelo.

Salmo 68.

Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

Colosenses 1,15-20.

Todo fue creado por él y para él.

Lucas 10,25-37.

¿Quién es mi prójimo?

Los cristianos no terminamos de superar una visión "judía" de la vida. Nuestros criterios, actuaciones y reacciones no responden al proyecto de vida querido por Jesús ni se inspiran en su mensaje.

Por eso, después de veinte siglos, seguimos haciendo la misma pregunta equivocada de aquel escriba de Israel: "¿Quién es mi prójimo?".

Porque también nosotros vemos con claridad que hay hombres y mujeres cercanos a nosotros y a quienes hay que amar y ayudar. Son personas que llevan nuestra misma sangre, son miembros de nuestro pueblo, hablan nuestra propia lengua, comparten nuestra ideología. Son de "los nuestros".

Pero ¿qué decir de tantos hombres y mujeres que no lo son? Nos parece normal pensar que en la medida en que las personas nos resultan extrañas, lejanas y distantes, van disminuyendo nuestras obligaciones para con ellas. Es más. Llegamos a pensar que hay hombres y mujeres tan alejados, tan adversarios, tan enemigos que han perdido ya todo derecho a nuestra ayuda y nuestro amor.

Por eso, a la hora de adoptar ante los demás una postura, seguimos distinguiendo categorías diferentes de prójimos. Y seguimos preguntando de qué ideología política era el muerto. O qué siglas defiende la persona que nos pide ayuda. O donde ha nacido y cómo piensa ese hombre que se nos acerca necesitado.

Incluso, hemos querido "bautizar" nuestra postura diciendo que la caridad bien entendida empieza por uno mismo y por los suyos.

La parábola del buen samaritano nos descubre que Jesús entendía las cosas de otra manera.

La verdadera postura no es preguntarse como el escriba: "¿quién es mi prójimo?", para delimitar exactamente hasta dónde llegan mis obligaciones. La verdadera actitud del que ama es preguntarse: ¿quién está necesitado de que yo me acerque y me convierta en su prójimo?

Cuando un hombre ama con todo su corazón y con todo su ser a un Dios Padre, toma con toda seriedad al hombre, a todo hombre. Y el que ama de verdad al hombre, no se pregunta ¿a quién tengo que amar?, sino ¿quién me necesita cerca?

El que ama de verdad sabe que el "prójimo" es cualquier hombre o mujer que encuentre en el camino y me necesita. Todo hombre necesitado es mi prójimo, cualquiera que sea su raza, su pueblo, su ideología. El que ama de verdad al hombre, comprende que Jesús tiene razón, aunque le resulte duro seguir su llamada.

José Antonio Pagola



"¿De dónde hemos merecido nosotros la gracia de que se digne el Señor emplearnos en su servicio para aliviar los dolores de sus vivas imágenes?".

San Benito Menni. (c.406)

Señor, no quiero pasar de lejos ante el hombre herido en el camino de la vida.

Quiero acercarme y contagiarme de tu compasión para expresar tu ternura, para ofrecer el aceite que cura heridas, el vino que recrea y enamora.

Tú, Jesús, buen samaritano, acércate a mí, como hiciste siempre.

Ven a mí para introducirme en la posada de tu corazón. acércate a mí, herido por las flechas de la vida,

por el dolor de tantos hermanos, por los misiles de la guerra, por la violencia de los poderosos.

Sí, acércate a mí, buen samaritano;

llévame en tus hombros, pues soy oveja perdida;

carga con todas mis caídas,

ayúdame en todas mis tribulaciones,

hazte presente en todas mis horas bajas.

Ven, buen samaritano,

y hazme a mí tener tus mismos sentimientos,

para no dar nunca ningún rodeo ante el hermano que sufre,

sino hacerme compañero de sus caminos,

amigo de tus soledades, cercano a tus dolencias,

para ser, como Tú, «ilimitadamente bueno»

y pasar por el mundo «haciendo el bien»

y «curando las dolencias»

Amén.

